

NOVIEMBRE 2020, CRONOLOGÍA DE UN DESASTRE INESPERADO

Huracanes Eta, Iota y un ramillete de depresiones

Era el 3 de noviembre de 2020, nosotras, las tres Hermanas, organizábamos cómo celebrar junto con la parroquia San Pedro y San Pablo, el día 5, la fiesta de nuestra fundadora: La Beata Madre María Rafols Bruna. Mientras tanto, a lo lejos, en el inmenso mar del Atlántico, se acercaba la tormenta **ETA**, que venía con la mirada puesta en Honduras y Nicaragua. Su visita nadie la había organizado, pues, en Honduras, las autoridades, estaban sumergidas en realizar el feriado morazanico para generar un beneficio a la economía, tan golpeada por la pandemia. Por ende, sin una adecuada preparación ni advertencia del terrorífico impacto que tendríamos, la llegada del huracán nos tomó de sorpresa, principalmente en las zonas bajas del norte, extensiones con grandes plantaciones de caña, banano, palma africana y de maquilas que han sido los medios de sustento para muchos de los pobladores, entre ellos, el municipio de la Lima y sus colonias como la Planeta, lugar de donde hemos partido para la siguiente historia.

26 horas de impacto e incertidumbre

La noche del 3 había llovido bastante y unas colonias, que se ubicaban a un nivel más bajo y, cerca del caudal del crique (aguas negras) sentían que sus suelos se estaban afectando más de lo normal. Algunas familias ya de años de vivir en la zona, sintieron temor, pues recordaron lo vivido con el huracán Mitch, 20 años atrás. Así que decidieron prevenir y optaron por sacar algo de sus pertenencias y buscar, por esa noche, alojamiento en algún lugar más seguro. Hablaron con los sacerdotes de la parroquia y ellos nos llamaron para que las hospedáramos. Ya cerca de la media noche, los sacerdotes recogieron a esa familia para que terminaran de pasar la noche en uno de los salones de nuestra guardería.

Durante todo el día 4, estuvo oscuro y lloviendo, en algunos momentos con mucha fuerza. Las calles cercanas y el campo de fútbol se estaban cubriendo de agua empozada. Lo mismo estaba sucediendo en nuestro pasaje. Cerca de las 4:00pm algunos pobladores, con personas muy vulnerables (ancianos o bebés), optaron por irse a alojar donde otros familiares fuera de la colonia. La familia que teníamos hospedada, unos parientes decidieron llevársela de la guardería, así que recogieron sus pertenencias y los sacerdotes las trasladaron a un lugar más seguro, cerca de los alrededores del centro de San Pedro Sula.

A pesar de la realidad que se estaba viviendo durante todo este día, ninguna autoridad advirtió sobre una inminente inundación que podría darse. Así que todo seguía como de costumbre, aunque había temor por las lluvias y también por el aumento del caudal del crique. De hecho, algunos miembros de COPECO, (*Secretaría de Estado de Prevención de Riesgos y Desastres*) supervisaban esa tarde el caudal del crique. Ellos mismos, al ser consultados sobre algún peligro de inundación, manifestaron que no iba a afectar mucho, que tal vez el agua podía subir, en algunas partes, medio metro y que por prevención subiéramos algunas cosas de peligro a un metro de altura para protegerlas.

Fueron momentos de correr a la Guardería a subir todo lo que estaba sobre el piso a un metro de altura: colchones, cochecitos, cunas, materiales de las aulas, computadoras, colchonetas plegables de la sala de terapia, material de papelería, material de oficina, libros de actas de preescolar, alimentos y granos que teníamos en la cocina general, donaciones que tenía el

GUARDERÍA-JARDÍN NUESTRA SEÑORA DE LA FUENSANTA
Colonia Planeta, la Lima, Cortés, Honduras

párroco para entregar a los pobres... según nosotras todo quedaba resguardado del agua por si se daba algo de inundaciones.

Después de dejar todo ordenado en la Guardería, ya casi para anochecer y con mucha lluvia, nos dirigimos a la comunidad. Despedimos a las dos familias vecinas más cercanas que iban saliendo, pues cada una tenía una señora anciana y por precaución, no querían dejarlas ahí esa noche. Sin ellas en ese pasaje quedábamos casi solas. En nuestra casa subimos a la segunda planta algunos objetos de peligro y lo demás lo colocamos lo más alto posible. Mientras tanto, la lluvia azotaba con más fuerza y como ninguna de las tres Hermanas habíamos vivido una experiencia de inundación, no sabíamos qué nos esperaba. Las horas fueron avanzando y continuamente vigilábamos la calle de enfrente a ver si el agua crecía. Ya cerca de las 11:00 p.m. el agua había entrado un poco al corredor y como el resto del piso de la casa quedaba unos 20 centímetros más alto, a las Hermanas Milena y Martha se les ocurrió colocarle plástico a las rendijas de las dos puertas de entrada, según ellas, para detener el agua que no entrara al resto de la casa.

Mientras más avanzaba la noche, más fuerte era la lluvia. El temor nos empezó a dominar y el sueño se nos fue. Continuamente vigilábamos el corredor de nuestra casa y la calle para ver si crecía el agua. Cerca de la media noche la calle ya no se miraba. Agotadas, como a la 1:00 a.m. caímos rendidas y nos quedamos dormidas.

Cerca del amanecer del día 5, y faltando unos minutos para las 5:00 a.m, ruidos fuertes nos despertaron de golpe y con temor y temblor corrimos hacia el balcón. Por el pozo de agua, en la guardería, salían unos ruidos terroríficos, parecía que la misma tierra iba a explotar. Perplejas y sin palabras, quedamos paralizadas por unos instantes, esperando algo peor. Después de unos minutos de zozobra, aquellos ruidos se iban silenciando y el agua empezaba a correr fuerte por el pasaje. Bajamos rápido al primer piso. En la cocina ya estaba entrando agua, tratamos de subir algunos alimentos y comidas refrigeradas y otras pocas cosas y al apagar la caja de energía, la casa quedó bastante oscura. En menos de 10 minutos el agua había entrado unos 30 centímetros y sin darnos cuenta la refrigeradora fue violentada por el agua y tumbada al suelo, por gracia de Dios nos salvamos de que nos callera encima.

El temor nos abrazó y corrimos hacia la segunda planta, seguidamente escuchamos un estruendo, era la puerta de entrada. El agua la abrió de golpe y se oyó cómo entraba con gran fuerza a la casa. En ese momento las cosas iban cayendo, acompañadas de ruidos inusuales, todo sonaba a retumbo. Nos asomamos al balcón y vimos cómo el agua llenaba, exageradamente, el edificio de la Guardería y en todo el pasaje de enfrente corría, cual caudaloso y fuerte río ahí existiera. El campo de fútbol como impetuoso mar arrasaba con una crecida impactante y llevaba todo lo que podía a su paso. Al unísono, se escuchaban muchos gritos de desesperación. Era un amanecer escalofriante, sin precedentes: quejidos, llantos, lamentos de todas las edades era la tonalidad general en ese momento con un ruido estremecedor que abrazaba el espacio, la totalidad.

Bastó media hora y todo a nuestro alrededor estaba cubierto de agua. Por las ventanas que nos asomábamos todo era agua que corría muy fuerte, las casas vecinas se iban cubriendo y solo se miraban las partes más elevadas de sus techos. El ruido que acompañaba era ensordecedor. Los frondosos árboles, perdían su tronco y sus ramas quedaban a ras del agua. Las gallinas de la vecindad nadaban, en busca de un refugio, los perros ladraban atrapados, la gente gritaba desesperada, era como transferir a la actualidad la historia que se cuenta del diluvio. Y nosotras tres, en medio de aquella inmensidad de agua, refugiadas en una segunda planta que no teníamos por donde salir. Mirábamos las gradas internas y ya solo faltaban dos de ellas para que

GUARDERÍA-JARDÍN NUESTRA SEÑORA DE LA FUENSANTA
Colonia Planeta, la Lima, Cortés, Honduras

el agua llegara al piso de la II planta. Todo lo de la cocina que había quedado sobre los armarios, flotaba y se movían en aquella poza sucia y maloliente. Si caminábamos daba sensación de vacío, sentíamos el piso blando, hueco, tenebroso.

Aquel mar seguía invadiendo, sentíamos que nos llegaba a la segunda planta, los primeros techos de la guardería eran totalmente cubiertos. La corriente traía toda clase de objetos: maniqués, sillas, mesas, ropa, juguetes, perros nadando, en busca de algo donde refugiarse... todo iba al ritmo de la correntada, fuerte y tenebrosa. Por la fuerza y la crecida, parecía que el agua cubriría también la segunda planta. La lucha por la sobrevivencia nos hacía buscar alternativas para ganarle altura al agua. Había que actuar de inmediato y lo que nos quedaba, como última instancia, era el cielo falso, lugar que, por su incomodidad y peligro, nunca se nos había ocurrido subir. Ni modo, no había tiempo que perder y en segundos teníamos que lidiar cómo hacerlo. Parecía que estábamos viviendo una película de acción. De hecho, la maravillosa adrenalina que Dios nos regaló, hizo su función a nuestro favor.

Debajo de la ventanita que había para subir al cielo falso, estaba pegado en la pared un estante de madera, así que junto a él y con lo que tuviéramos teníamos que armar la subida: corrimos la secadora de ropa, colocamos una escalera que apenas se acercaba, sobre el estante pusimos una pequeña silla que teníamos, de manera que nos diera la oportunidad de llegar a agarrarnos de la viga, todo parecía perfecto. La odisea estaba en cómo llegar hasta arriba, siempre y cuando el estante nos ayudara y no se cayera antes de que subiéramos. De hecho, la mente es muy poderosa, así que logramos que domara nuestros cuerpos, los cuales se volvieron ágiles y livianos, en tiempo récord. Subimos lo más indispensable: agua, documentos personales y algo que nos ayudara para estar arriba. Para las 6:00 a.m. ya estábamos sobre el cielo falso, desde ahí, en la oscuridad, seguíamos escuchando ruidos en la casa y lugares cercanos. Los gritos aterradores de pobladores no cesaban, imaginábamos lo peor. Nos encomendamos a Dios y a nuestros fundadores y le pedimos que no nos permitiera vivir el derrumbe de la casa, pues el ruido de la torrentada que se escuchaba era espeluznante, fue de esperar ya el final de nuestras vidas.

Para este momento ya las Hnas del Consejo Provincial, en Costa Rica, habían sido informadas de lo que nos estaba pasando y desde allá nos alentaban y buscaban formas para ser rescatadas. Los sacerdotes de la Parroquia: Padre Fredy y Padre Juan José, que desde el día antes estaban fuera de la colonia, nos buscaban auxilio de alguna lancha, todo era infructuoso. Padres de familia nos escribían y nos daban números telefónicos de lancheros, pero todo era en vano. Incluso de Tela la Hna. Laura y una señora bienhechora nos alentaron con la búsqueda de un helicóptero que nos viniera a rescatar. Con emoción, empezamos a ver si podíamos despegar una lámina del techo, imposible, pues días atrás unos trabajadores habían reforzado con buenos tornillos todo el techo, así que nuestras fuerzas eran demasiado insuficientes para lograrlo y lo único que teníamos eran unas pequeñas astas de las banderas, que habíamos subido, para auxiliarnos. Consumidas en esa incertidumbre, los segundos se volvieron horas eternas. El ruido espantoso de la correntada seguía con más fuerza. Temíamos que el agua ya estuviera cubriendo la segunda planta, así que mejor no mirábamos por el agujero.

Siendo alrededor de las 9:30a.m recibimos una llamada de COPECO, que nos prometía que pronto vendría una lancha a rescatarnos. Para esa hora la lluvia había cesado un poco y dentro del techo hacía bochorno, así que con mucho cuidado e ilusionadas, nos dispusimos a realizar la hazaña de la bajada del techo. Cuando bajamos del techo, vimos que no había entrado el agua a la segunda planta, ¡qué alegría! Al ver por el balcón, el agua había estado muy cerca, pero ya

GUARDERÍA-JARDÍN NUESTRA SEÑORA DE LA FUENSANTA
Colonia Planeta, la Lima, Cortés, Honduras

no seguía subiendo, aunque la correntada corría con fuerza, adentrándose en la colonia e inundando otras colonias más bajas del fondo.

Nos apresuramos y alistamos en una bolsa plástica lo más necesario para la salida y como si estuviéramos viendo una película de suspenso o soñando pesadillas, nos dispusimos a esperar. Por el balcón mirábamos aquella inmensidad de agua sucia que corría muy cerca de nosotras, llevando de todo a su paso. De la Guardería solo mirábamos la parte más elevada del techo, lo demás era un mar de agua. Por el campo de futbol pasaban refrigeradoras, muebles, y muy ligeramente pasó algo semejante a un cuerpo humano flotando, en realidad, no pudimos verificar con certeza, luego supimos que estaban encontrando cuerpos sin vida en la colonia.

Mientras seguíamos esperando, empezaron a pasar helicópteros muy bajos, entonces para que supieran que estábamos ahí, lidiamos amarrar una bandera nacional a un tubo de cañería y ondearla cada vez que pasaban, según nosotras, para que nos vieran y mandaran a rescatarnos. El tiempo fue transcurriendo, de vez en cuando escuchábamos pobladores que lloraban, daban gritos aterradores y, mientras tanto, seguían pasando perritos, llevados por el agua, que luchaban por salvarse de la correntada, también pasaban tortugas luchando contra la correntada. Nosotras seguíamos en espera y confiando en que llegaran nuestros rescatistas.

Pasadas las once del día oímos una gritería muy fuerte, que retumbaba, era mucha gente que, al ver llegar una lancha, por la calle principal de la Colonia, pedían el rescate, creímos que era la lancha que nos habían prometido y como estaba en la calle, a 100 metros de nuestra casa, nos pusimos a gritar para que escucháramos que ahí estábamos, pero nada, todo fue inútil. Rescató a otra gente más al fondo de la colonia sobre la calle que iban y a como entró, así también se alejó y volvimos a quedar en la soledad. Apareció otra lancha a las 12:00 e igual, mucha gritería de gente desesperada, pero todo grito era inválido. De hecho, no volvieron. La soledad seguía siendo nuestra mejor compañía, solo llegaban algunos pajaritos al árbol de mango a acompañarnos con sus bellos cantos, era como el arrullo de Dios, dándonos aliento.

Las horas continuaban su ritmo. La tarde iba de caída. Llegó un momento que todo quedó sumergido en el silencio, solo se escuchaba la corriente del agua que seguía pasando por nuestro pasaje, como si fuera un río que ya existiera en ese lugar. De vez en cuando se escuchaba gritos de algunos sobrevivientes que pedían auxilio y para que no se sintieran solos nosotras también les gritábamos para darles aliento en el tenebroso ambiente en que nos encontrábamos. La tarde se iba acabando en, promesas tras promesas de alguna lancha que pudiera llegar.

Empezaba a ponerse oscuro, el cielo se llenaba de nubes negras y amenazaba con volver la lluvia. Los gritos desesperados de los pobladores siempre se escuchaban. Sentimos temor y nos asustaba si teníamos que subir nuevamente al cielo falso y tener que pasar la noche, en vigilia y rodeadas de agua. Le pedíamos a Dios misericordia para que se lograra encontrar una lancha en ese desierto. Fue ya a las seis de la tarde que el Párroco, Padre Fredy, nos llamó para decirnos que ya era fijo que una lancha entraría por nosotras, que en ella venía el otro Padre de la parroquia con el lancharo y otro señor. Como ya estábamos listas, esa noticia nos animó a seguir en la espera, pues solo queríamos salir de ese mar de agua. Así que cerramos la puerta que daba a lo interno, por el balcón y nos dispusimos a esperar que llegara la lancha que sería nuestra salvación.

La aventura de un viaje cargado de adrenalina.

La hermana noche se había apoderado de la Planeta, en nuestra mente solo existía la esperanza de poder salir y no pasar la noche junto a esa tenebrosa inmensidad de agua. Cerca de las 6:30p.m oímos un motor y voces. Reconocimos la del Padre Juan José, que era el que venía dirigiendo al lanchero. Ya estaban cerca de pasar entre las ramas del árbol de mango. Con un foco que teníamos les alumbrábamos y pronto logramos tener la lancha frente al balcón. ¡Qué alivio sentíamos! En ese momento, nos alegraba, sin saber lo que nos esperaba, que el rescate ya estaba muy cerca. En ella venían el Padre, un ayudante y el que manejaba el motor. Ahora la pega estaba en cómo romper las varillas o quitar toda la malla para salir. Manos a la obra, empezaron con una sierra manual a cortar las varillas, pero no dio fruto, probaron meter un hierro entre las varillas para separarlas, tampoco. La tercera opción que tomaron fue golpear con fuerza dos de las varillas, las cuales pronto fueron despegadas. Las doblaron lo que pudieron. El fin era que nos diera la oportunidad de salir.

Preparadas para la salida, acercaron bien la lancha al techillo y cruzando la abertura teníamos que deslizarnos por el techo y caer a la lancha. Mientras tanto, ellos la sostenían para que no volteara. Una vez dentro de la lancha, nos entregaron chalecos y nos dieron la siguiente y tenebrosa orden: “Si la lancha vuelca, ustedes se agarran de lo primero que puedan, porque hay muchos obstáculos debajo del agua. La lancha va a chocar mucho, por tanto, el viaje es peligroso”. ¡Vaya motivación más cruda en ese momento! Después de darnos esta indicación le dieron vuelta a la lancha, y nosotras a bajar todos los santos. El trayecto pintaba peligro y no teníamos otra opción, había que hacerle frente, pasara lo que pasara. Nos encomendamos a Dios y a nuestros Fundadores y le pedimos al Corazón de Jesús que Él guiara el motor y la dirección de esa lancha en ese momento que estábamos a la deriva, pues solo la misericordia de Dios nos podía sacar con vida.

Las Hnas Milena y Martha empezaron a rezar, el chofer pedía la protección de Dios a su manera y yo, con un foco y un celular, tenía que alumbrar hacia adelante para que el Padre, que venía dirigiendo al lanchero, pudiera ver y no chocáramos con las casas o los postes del cableado eléctrico. Al salir del pasaje de la guardería, tomamos la calle principal de la colonia. Nos dimos cuenta que en todas las casas, a ambos lados, había mucha gente, en lo poco que quedaba visible de los techos, todos pedían auxilio, que los sacaran de ahí, porque si no tenían que pasar la noche en vela sobre el techo, era una imagen muy desgarradora la que presenciábamos.

Nuestro viaje seguía, era impresionante ver toda la colonia llena de agua y escuchar el clamor de la gente que no paraba de pedir que las sacaran fuera de esa inundación. Este coro de voces impedía que el lanchero escuchara las direcciones del Padre, lo que hacía que la lancha no lograra una buena dirección, todo lo contrario, éramos envueltos por momentos de angustia, pánico, incertidumbre, máxime que, tanto la lancha como su motor, chocaban contra carros y objetos que se movían debajo del agua y la desubicaban con facilidad, tirándola contra las paredes de las casas, árboles o postes de energía eléctrica. Fueron varios los momentos que estuvo a punto de dar vuelta. El agua corría con mucha fuerza, lo que complicaba cada vez que había que cruzar las fuentes correntadas. Hubo momentos en que el lanchero, que nunca había manejado lanchas en espacios tan cerrados, perdiera el control y demostrara temor e impotencia, las Hnas trataban de animarlo para que no sucumbiera, pues de hacerlo, podíamos esperar lo peor en aquella inmensidad de oscuridad y aguas turbulentas.

Como parte del viaje había que entrar a un caserío a recoger una familia, pues urgía sacar una señora mayor y enferma que estaba dentro del agua y su salud peligraba. Mientras se buscaba

cómo llegar a esa casa se desató un fuerte aguacero que atentaba con llenar la lancha y el peligro era que la volteara o la hundiera. Ya no quedaba santo desocupado, las Hnas Milena, Martha y el lancharo los habían bajado a todos en poco tiempo. Y peor, en esas circunstancias, había que entrar a esa zona con calles muy estrechas y muchos obstáculos de por medio. Cuando llegamos al lugar y el lancharo pretendió dar la vuelta, la lancha perdió el control y se fue contra un techo caído. Estuvimos a punto de caer todos al agua, fue un momento de suspensión terrible. La mano de Dios la sostuvo y logramos que se enderezara para ubicarnos en la entrada de la casa. Las cuatro personas que estaban ahí, llevaban buen tiempo con el agua más arriba de la cintura. El lancharo, como seguía lloviendo muy recio, solo permitió que subieran las tres mujeres, el joven tuvo que esperar para un segundo viaje. Se temía que mucho peso, más la lluvia, no lo resistiera la lancha.

En ese momento ya éramos 9 personas más las bolsas. Volvimos a salir de esa encrucijada para seguir el trayecto, en busca de la salida. Una vez más la lancha chocó fuerte contra algo y se fue de medio lado como 20 metros, aquello fue crucial, terrible. El ramaje de un árbol fue como el colchón que logró aplacar la lancha y sirvió para detenerla de que no diera vuelta. Angustia, mucha angustia sentíamos. El lancharo era adsorbido por los nervios y el pánico y nuevamente, las Hnas trataban de tranquilizarlo: era un poco difícil. Con esta incertidumbre seguíamos en busca de la salida. Una vez más el motor volvió a chocar contra algo y esta vez sí nos puso los pelos de punta, se apagó y quedamos a la deriva, ahora sí estábamos en la peor situación del viaje: la fuerte lluvia que no cesaba y dentro de la lancha, sin motor, vestidos por la correntada. Angustia y temor se generó casi en todos los ocupantes. Con las paletas se logró que nos acercáramos a la tapia de una casa. Los que podíamos nos agarrábamos de algo para hacerle presión a la lancha y que no se la llevara el agua. Mientras tanto, el lancharo revisaba el motor, al que le encontró basura y cables enredados. Se los alejó y logró que volviera a arrancar. Seguíamos luchando con la correntada, pues la empujaba como juguete liviano. Parecía que había muchos carros bajo el agua y eso hacía que no lograra encarrilarse bien. Todos rezábamos pidiendo piedad a Dios. Después de tanta lucha como que la lancha se ablandó y logró tomar el rumbo sin contratiempos. Fueron unos minutos muy tensos, donde creíamos estar en los últimos momentos de nuestra existencia. A pesar de lo que estábamos viviendo, sentíamos la protección de Dios que también nos acompañaba en la dificultad de este camino. Sabíamos que ese trayecto era finito y la mente estaba puesta en llegar a encontrar el final y eso nos animaba a no sucumbir en las adversidades que continuamente se nos presentaban.

El recorrido no había sido nada relajante, los nervios venían de punta. El viaje se nos había vuelto traumático. En muchos momentos habíamos sentido muy de cerca la muerte que nos rondaba. De hecho, seguro todavía no quería llevarnos, así que terminó alejándose de nuestro paso y logramos llegar salvos a donde el agua no había podido subir tanto y la lancha ya no podía continuar, estábamos a una profundidad, cerca de un metro. No obstante, la corriente seguía un movimiento fuerte.

Los tres hombres que iban empujaron la lancha un poco más, buscando que la altura del agua no fuera tanta para que nos pudiéramos bajar sin mucho peligro. Cuando tocamos tierra el agua nos llegaba un poco más arriba de las rodillas, cargamos nuestras bolsas, que ya iban mojadas y a caminar contra la corriente y con mucha precaución, pues no sabíamos si el suelo era parejo o había hoyos o algo atravesado.

El después de la lancha

A pesar de las circunstancias, la lancha tenía que devolverse, a recoger más personas. El Padre Juan José y los dos señores iban a seguir recatando a otras personas. Cuando nos despedimos solo nos dijeron: "sigan caminando, avancen hasta encontrar salida". Éramos las tres Hermanas, una jovencita y dos adultas, entre ellas la señora mayor y enferma que casi no podía caminar. Así que, nos encomendamos a Dios y a seguir con la odisea. No sabíamos por dónde veníamos, era la misma noche y el reflejo del agua que nos iban guiando. La señora enferma necesitaba que se le ayudara, sus pies se le doblaban y tendía a caer en el agua. Nos arreglamos con las bolsas y Hna. Milena la traía a ella. En ese momento, todo pesaba y el agua nos dificultaba caminar. Sentíamos que nos agotábamos, pero no podíamos parar. Los metros eran como kilómetros.

Luego de caminar buen espacio, en aquella soledad que solo se escuchaba el movimiento del agua y nuestro chapuceo, vimos una luz de linterna, creímos que era el otro sacerdote, el Padre Fredy, que nos estaba esperando, pero no, era un desconocido que apareció ahí como un ángel de Dios. Nos alumbraba, como si de verdad nos estuviera esperando. Cuando llegamos donde él nos empezó a guiar como si para eso alguien lo hubiera mandado. Hubo química y confianza de ambos lados. Desde el primer momento nos animaba a seguir caminando, nos decía que faltaba buen trecho, pero que siguiéramos. Con toda confianza lo seguimos y siempre que había un obstáculo nos decía por donde caminar, fue una persona muy especial. Luego de buen rato de luchar contra el agua y los altibajos que se nos presentaban, apareció otro señor, también desconocido, que al vernos tan agotadas nos ayudó con las bolsas que eran más pesadas, pues la jovencita llevaba una bolsa negra con unas portátiles y ya no podía más. Aquel trayecto parecía no tener fin. Llegamos a una callejuela y los dos señores nos advirtieron que teníamos que pasar una parte muy sucia y con un suelo no parejo. Así que con mucho cuidado pasábamos para no irnos en el peligro. Más adelante nos dirigieron por un fango solitario, había que subir y brincar un muro. El olor que de ahí salía era desagradable, parecía lodo de aguas sucias o negras, se sentía basura y escombros estancados, y con poco espacio para caminar bien. El agua y lo sucio nos llegaba al tobillo y en algunos momentos, un poco más. No había otra opción, era la parte más segura en ese momento y con menos agua para pasarlo.

En esa lucha para caminar, nos topamos con unos jóvenes de apariencia tenebrosa que se nos quedaban mirando extraño y nos interrogaban sobre nuestra procedencia. En ese momento llevábamos puestos los chalecos nuevos que nos habían dado, alguno de ellos, incluso quiso jalarnos el chaleco, gracias a la acción inmediata de los señores que nos acompañaban logramos alejarnos pronto y el susto no pasó a más. Seguimos el camino y después de caminar, luchando contra varios obstáculos y aguas hediondas, logramos llegar a carretera. Era un lugar donde había muchos damnificados, personas repartiendo alimentos, carros llevando y trayendo, mucho movimiento. Fue un momento muy significativo porque exactamente, cuando llegamos a ese lugar los dos señores que nos habían guiado desaparecieron. Los buscamos, pero no los volvimos a ver, era como que ya habían cumplido su misión específica. Eso sí, le dimos gracias a Dios por habernos puesto esos dos ángeles que nos acompañaron hasta salir a un lugar seguro.

Fuera de las aguas y del lodo

Atrás había quedado nuestra casa, las inundaciones, el lodo y los malos olores, entre otras cosas. Estábamos fuera de toda esa historia que nos había acompañado por un espacio, alrededor de 24 horas. Nos encontrábamos con gente conocida de la colonia que, al vernos, se ponían a llorar emocionados. Había que seguir caminando entre todo aquel alboroto de gente, carros y de todo

para encontrarnos con el otro sacerdote, que nos esperaba con el señor que nos trasladaría a la casa de destino en San Pedro Sula, donde una familia que era la que nos iba a acoger.

Al vernos ahí, estábamos mojadas, sucias, hediondas, era deprimente la imagen que dábamos, pero contentas de haber llegado a ese lugar. Nuestras bolsas, ya iban más rotas y lo que llevábamos iba mojado y sucio. Logramos dar con el Padre Fredy. Con emoción subimos al carro, pues nuestros pies ya no daban. El señor fue muy amable y aunque el tránsito estaba lento, con él, en su carro, sentíamos calor humano. Las imágenes y la experiencia que habíamos dejado atrás nos seguían dando vueltas en nuestras mentes.

Logramos llegar a la casa de destino, una familia de 4 miembros. El matrimonio: Jonathan y Claudia y sus Hijos: Jeremy, un hermoso adolescente y Jennifer, una encantadora niña de 7 años, más Yadira, la joven que les trabaja en la casa. Fuimos muy bien recibidas, con cena caliente, una agradable cama que nos cedieron los hijos, una ducha para asearnos y una lavadora y secadora para lavar nuestra ropa empapada de lodo por todo lado. Dios, rico en misericordia se había desbordado con nosotras, fueron momentos de acción de gracias y bendición.

Era hora de avisar a nuestras familias, pues se habían enterado por las noticias de lo que estaba pasando en Honduras y nosotras para no preocuparlas no les habíamos dicho nada. De hecho, todas teníamos mensajes de texto preguntando por nuestra situación, pues solo a las Hnas del Consejo y a algunas otras, les habíamos informado de lo que nos estaba pasando.

A pesar de la experiencia vivida, logramos descansar bien durante la noche, nos despertamos adoloridas por todo lado, pero descansadas, ese día fue de estar más en la cama, pues el cuerpo reclamaba ante el cansancio y stress que se habían acumulado y la casa se prestaba para recuperarnos de todo el agotamiento vivido.

El sábado, gente de buen corazón, junto con la familia donde estábamos hospedadas, nos regalaron botas y ropa adecuada e implementos necesarios para cuando fuéramos a hacer la limpieza. Para la tarde de ese sábado nos comunicaron que ya las aguas en la colonia Planeta, había bajado y que la gente estaba entrando a limpiar sus casas.

El retorno, la nueva realidad.

Para el domingo 8 nos levantamos con intención de ir a la casa y guardería a ver cómo la encontrábamos. Nos pasó a recoger el Señor Carlos Sandoval, ingeniero muy colaborador que forma parte del movimiento familiar. Él nos ponía a disposición varios de sus trabajadores, lo mismo el matrimonio bienhechor del señor Thomas y Mirna, un norteamericano que vive en Honduras y ha colaborado mucho con la guardería. Con este gran apoyo nos fuimos.

Ya cerca de la colonia empezamos a mirar los grandes estragos del huracán, todo se miraba desolador, abatido, sumergido en el agua con lodo, las casas estaban muy sucias, las calles poco transitadas y muchos carros hundidos y llenos de lodo, incluido el nuestro. Era una imagen muy devastadora, había que ir con mucho cuidado. El carro de don Carlos que es fuerte y alto, pudo ingresar hasta el pasaje, que daba a nuestra casa. Con mucho cuidado nos bajamos, pues el lodo quería sobrepasar nuestras botas, que nos llegaban casi a la rodilla. No se podía caminar bien, el lodo era muy espeso y tendía a marearnos un poco.

Logramos llegar a la casa y guardería, con solo mirar el frente y los alrededores, se podía esperar una imagen aterradora por dentro. El pasaje tenía bastante lodo, que estaba al mismo nivel de

GUARDERÍA-JARDÍN NUESTRA SEÑORA DE LA FUENSANTA
Colonia Planeta, la Lima, Cortés, Honduras

las entradas de las casas. Entramos a la casa, era como entrar a un cementerio abandonado por mucho tiempo. Se sentían olores desagradables, y no se sabía por donde empezar. Todo lo que había quedado en el primer piso estaba totalmente destrozado, y muy mezclado con el lodo que apestaba bastante fuerte. No había energía, por tanto, todo era oscuridad en esa parte de la casa.

Ese día trabajamos mucho, luchando contra el lodo. Por más que sacábamos, nunca acabábamos. Los dos cuartos, la cocina, la oficina, las bodeguitas, el comedor, la parte de atrás de la casa y el corredor todo estaba destrozado y a tope de lodo. La mayoría de los muebles, los encontramos mezclados con el lodo, todo era basura. Muchos de los trastos estaban quebrados. El armario de la biblioteca, estaba hecho un cerro de basura sobre el piso. La papelería del archivo y materiales de oficina totalmente perdidos, los dos computadores y el Reuter, irreconocibles. Los colchones de los dos dormitorios pesaban de agua y lodo. La refrigeradora en el suelo y la comida y carne que había quedado congelada en él, estaba totalmente en mal estado, completando los malos olores del entorno. Todo había que sacarlo, poco se podía salvar.

Ese día terminamos casi de noche, mirábamos todo y era poco avance de la limpieza. Faltaba mucho, el pegajoso lodo hacía más pesada la tarea. Por la tarde, llegó un pequeño tractor que alquiló el ingeniero Carlos, para que ayudara a sacar el lodo de la guardería y ahí quedó guardado para trabajar al día siguiente. Cerramos puertas y nos dispusimos a salir para regresar, nuevamente a la casa donde estábamos hospedadas.

Al día siguiente, lunes, volvimos con el mismo itinerario, con la diferencia que nadie de los del día anterior nos pudo llegar a ayudar. Así que solas hacíamos lo que podíamos. Después de las 12:00 llegó un padre de familia a ayudarnos y logramos sacar algo. El problema era que, al estar todo impregnado de lodo, pesaba mucho. Así que no logramos gran cosa. Mientras tanto, el tractorcito sacaba grandes cantidades de lodo de la parte abierta de la guardería, era una tempestad incalculable. Sin embargo, quedaba mucho por hacer. Ese día, también, salimos de noche de la guardería.

Para el martes 10, ya las calles de acceso a la colonia estaban muy complicadas de transitar. Había muchos escombros que la gente había sacado y con costos pasaban solo carros de doble. Ese día nos llegaron a ayudar los sacerdotes y sus ayudantes. Así que avanzamos más, sacamos y botamos muchas cosas y ya, en la casa, los espacios, al menos quedaban desocupados, siempre con lodo, pero ya sin escombros. El miércoles 11, solo sacamos y limpiamos material de reparaciones que había en las bodeguitas. Para este día el cansancio ya apretaba y fue poco lo que se logró hacer.

El jueves 12, cuando llegamos a la entrada de la aldea, ya no se podía ingresar en carro. Así que tuvimos que bajarnos y caminar desde la entrada de la colonia, un agente de la aseguradora del carro, iba a revisar y valorar su estado, para luego trasladarlo con una grúa al taller. El lodo era bastante y había muchos escombros y objetos destruidos de las casas por todo lado y la caminata se nos complicó mucho, así que llegamos un poco cansadas. Ese día nos fuimos a la guardería a ver por dónde empezábamos. Sacamos un poco de lodo del corredor pero rápido nos agotó su pesada masa. Como a las 2:00p.m llegaron los que le ayudaban a los sacerdotes para apoyarnos con la limpieza. Ya con ellos revisamos la oficina de la dirección, todo lo que tenía era basura: el equipo de cómputo, la papelería de los niños de prescolar, los libros de actas, la documentación que se resguardaba en los archivos y todo el material de oficina, todo era escombros, con pesar, había que botar todo. En la cocina general, principalmente lo que había

GUARDERÍA-JARDÍN NUESTRA SEÑORA DE LA FUENSANTA
Colonia Planeta, la Lima, Cortés, Honduras

quedado en los congeladores, todo estaba en mal estado, aquello era terrible, todo apestaba el ambiente.

Queríamos seguir trabajando. Sin embargo, a eso de las 3:00 de la tarde entró un comunicado, que pedía a todos los que estábamos en la colonia que saliéramos porque necesitaban liberar agua de una de las represas y por prevención preferían que las personas no estuvieran en la colonia. El fin era que la represa no colapsara y quedara más desocupada para el siguiente huracán: Iota, pronosticado para llegar ese fin de semana. Rápidamente cerramos todas las puertas de acceso a la casa y a la guardería y nos dispusimos a caminar hacia la entrada principal de la colonia donde nos recogerían. Había mucha gente en la colonia, todos en lo mismo: la limpieza de sus casas. Ese fue el último día que, después de Eta, pudimos ir a limpiar, pues ya no permitieron que las personas volvieran a ingresar a limpiar sus casas. Se anunciaba un huracán Iota que iba a hacer más desastres que Eta. Además, los suelos estaban muy saturados de agua.

El domingo 15, Iota empezó a azotar con muchas lluvias, no había buenos pronósticos para los lugares donde Eta había inundado. A partir de ese día los efectos de Iota se empezaron a sentir, tristemente se volvieron a empezar a inundar los mismos lugares. Para el martes 17, todas estas colonias volvieron a ser un mar. Los ríos crecieron y sobrepasaron sus límites, arrasando con todo cuanto encontraban a su paso. La tierra saturada de agua no resistió tanto efecto. Muchas casas cercanas a los cauces de los ríos fueron arrancadas de raíz y sumergidas en las fuertes corrientes de los ríos que llevaban árboles y piedras enormes. Con estos dos huracanes: Eta e Iota, estos pueblos estaban duramente golpeados con casas hundidas, muertes, desaparecidos y miles de damnificados. Sin embargo, ahí no terminaba la historia, el atlántico por días y días siguió descargando su energía con una cadena de depresiones que mantenían con mucha lluvia, a estos pueblos devastados y sumergidos en más pobreza.

El inmenso mar de agua y lodo en que se encontraban las casas no permitió que, por más de un mes, las familias pudieran llegar a limpiarlas, mucho menos a habitarlas. Fueron muchos kilómetros de ríos desbordados, que se llevaron árboles, puentes, comercios, casas, personas, animales, carros y cultivos arrastrados por las fuertes torrentadas de agua que quedaban perdidos en los escombros y piedras o quizás en las malezas que dejaba a su paso.

Eta e Iota y el cúmulo de depresiones que nos tocó vivir en estas colonias dejó, además, casas socavadas o destruidas, familias sumergidas en más pobreza, cosechas destruidas, vidas humanas desaparecidas y otros atrapados y muertos dentro de sus casas, mezclados con el lodo, instituciones educativas totalmente inundadas y una cadena inmensa de vías de circulación y puentes con grandes daños.

El mes de noviembre ha terminado, ha sido un mes entero que marcó historia, una historia con una carga enorme de dolor y desolación para muchos. Una pesadilla que empezó el día 3 de noviembre y siguió todo un mes muy complejo, en el que dejó: exageradas cantidades de lluvias acumuladas que transformaron el suelo en algo blando. Ríos con enormes caudales desbordados por doquier. Colonias y casas con calles y pisos llenos de lodo maloliente. Multitud incontable de habitantes damnificados en los bordes de la carretera, esperando que el calor del hermano sol salga y seque las aguas que les ha impedido su retorno a lo que un día fue su cálido hogar, con la diferencia de que ahora sin nada, solo paredes y una gran cantidad de lodo, por dentro y por fuera, que, para poder habitarla, requiere de días de limpieza.

Noviembre de 2020, crónica imborrable, cargada de un enorme desastre inesperado, en el cual, la colonia Planeta y en ella la Guardería Nuestra Señora de la Fuensanta no quedaron excluidas de la destrucción. Muy dolorosamente, han formado parte de esta triste historia. Ahora, solo

GUARDERÍA-JARDÍN NUESTRA SEÑORA DE LA FUENSANTA
Colonia Planeta, la Lima, Cortés, Honduras

queda no mirar la imagen devastadora, sino con fe y esperanza seguir la marcha y de la mano de Dios, agradecerle esta nueva oportunidad que nos permite, para levantarnos en busca de un mejor horizonte, bendecido por el amor y la misericordia de Dios.

Para muchos habitantes de estas colonias y en ellos, nuestros niños de la guardería La Fuensanta y becados que atendemos, este año será una navidad muy diferente, lejos de su hogar, de ese hogar acogedor, nada de adornos, nada de preparar algún gustillo en especial, pues muchos estarán en albergues o en toldos de plástico y cartones, a lo mejor pasando frío y con algo de hambre. Será una navidad y un año nuevo al amparo de manos generosas que les brinden algo de comida, algo para pasar los días mientras logran llegar a encontrar un nuevo horizonte que les ayude a caminar en sus vidas. Será el amor del niño Dios que nació hace más de 2000 años en un pesebre pobre que los llene de amor, paz, fe y esperanza en ese deseo de un mañana esperanzador a pesar de las adversidades de la vida.

Damos gracias a Dios porque en estos momentos de incertidumbre, de no saber cómo continuar esta bella misión de atender a los niños de la Guardería y becados, **Fundación Juan Bonal** nos da una gran noticia como es la campaña de solidaridad que ha lanzado como apoyo para reconstruir la Guardería y comunidad de las Hermanas, de manera que podamos seguir atendiendo, desde nuestro Carisma, a todos estos niños de la colonia Planeta y sus alrededores.

Que el niño Dios llene de esperanza a esta humanidad sufriente y devastada.

Redactó

Hna Victoria Emérita Venegas Calderón.